



CUENTOS



Herederos

de la caficultura,
libre de trabajo infantil



Herederos

de la caficultura,
libre de trabajo infantil

Presentación

El concurso de cuento “Heredando la cultura Cafetera libre de trabajo infantil” se realizó en el marco de la conmemoración del 2021 como el Año Internacional para la Eliminación del Trabajo Infantil. En donde se hicieron partícipes de esta conmemoración tan importante a las niñas, niños y adolescentes de los departamentos de Huila y Tolima.

La convocatoria se realizó gracias al apoyo de: los Comités Departamentales de Cafeteros de Tolima y Huila, las Secretarías de Educación y las instituciones educativas. Quienes se encargaron de hacer un trabajo previo de sensibilización orientando a los niños, niñas y adolescentes en conceptos claves referentes al trabajo infantil y las actividades peligrosas que no deben realizar en el campo porque ponen en riesgo su salud e integridad. También se contó con un amplio despliegue de piezas de comunicación como: videos del Profesor Yarumo, volantes informativos, pautas radiales y material educativo.

Los cuentos fueron evaluados por 4 jurados quienes los calificaron en dos categorías: Infantil, niños de 8 a 12 años y juvenil de 13 a 18 años. En total se seleccionaron 4 cuentos ganadores: 2 cuentos en la categoría infantil y 2 en la categoría juvenil, en donde se eligió un ganador por categoría por cada uno de los departamentos. Los cuentos ganadores fueron destacados por su pertinencia temática, un alto nivel de redacción, el valor literario y originalidad.

Antecedentes del proyecto entre La Federación Nacional de Cafeteros y Colombia Avanza de Partners of the Americas:

La Federación Nacional de Cafeteros (FNC) y el proyecto Colombia Avanza de Partners of the Americas firmaron un Memorando de Entendimiento el 28 de diciembre de 2018, para trabajar en acciones conjuntas que contribuyan a la prevención y erradicación del trabajo infantil y la promoción de condiciones aceptables de trabajo en el sector cafetero en los departamentos de Tolima y Huila. El Concurso “Heredando la cultura Cafetera libre de trabajo infantil” hace parte de las campañas de sensibilización sobre la prevención del trabajo infantil y la promoción de condiciones aceptables de trabajo en la caficultura.

Autores y ganadores del concurso de cuento
“Heredando la cultura cafetera, libre de trabajo infantil”

TOLIMA

Categoría infantil 8 a 12 años

Cuento **“El grano mágico”**

Escrito por **Valeria Olaya Romero**

Categoría Juvenil 13 a 18 años

Cuento **“Una historia”**

Escrito por **Juan Manuel Sogamoso González**

HUILA

Categoría infantil 8 a 12 años

Cuento **“El futuro de nuestro país”**

Escrito por **Jade Sofía Achipiz Betancourt**

Categoría Juvenil 13 a 18 años

Cuento **“Memorias del café”**

Escrito por **Paula Gisell Carlosama Bravo**

Los fondos del proyecto provienen del Gobierno de los Estados Unidos, a través del Departamento de Trabajo, bajo el acuerdo cooperativo IL-31475-17-75-K. El 100% de los costos totales del proyecto, es financiado con recursos federales, para un total de 2.300.000 dólares americanos.

Este material no necesariamente refleja las opiniones o políticas del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, ni tampoco la mención de nombres comerciales productos comerciales ni organizaciones implica un aval por parte del Gobierno de los Estados Unidos.

La Federación Nacional de Cafeteros está encargada de la difusión de únicamente 91.349 dólares americanos.





El grano mágico

Cuento ganador categoría infantil del departamento del Tolima
Autora: Valeria Olaya Romero – 10 años

Cristina era una hermosa niña que vivía en el campo, rodeada de verdes cafetales, aves de bonitos colores, cámbulos con lindos vestidos rojos, flores de ricas fragancias y un pequeño y cristalino arroyo.

Un día, mientras recolectaba café, actividad que realizaba en las tardes después de estudiar en la escuela de la vereda, vio que un gavilán perseguía un ave de plumaje amarillo con negro; el pájaro aterrizó cerca de la niña, parecía herida ya que arrastraba un ala; la niña se acercó y la tomó entre sus manos; pobrecita, dijo para sí, mientras esta chillaba con desespero tratando de liberarse.

Ese día Cristina llegó a su casa a las 12:45 pm como lo acostumbraba después de regresar de la escuela. Su mamá al verla de inmediato se dio cuenta de que traía algo en sus manos, y le preguntó ¿qué es lo que traes ahí? Un ave, le respondió. Déjamela ver. Bueno, le dijo la

niña. Ah, es un toche, dijo la señora. Sí mamá, contestó Cristina, lo traje porque lo encontré tirado en el piso y parece que tiene herida un ala. La señora Adela, que era el nombre de la madre, la tomó entre sus manos y dijo, sí, efectivamente tiene un ala lastimada, pero no está partida, lo que tiene son picotazos. Sí mamá, lo que pasa es que la traía un gavián correteada y por eso está tan lastimada.

Voy a hacerle curación y la soltamos cuando se recupere bien. La mamá curó las heridas del ave, mientras esta permanecía en la casa, tras la niña, de una manera muy bonita. Pasaron los días, y el toche, ya recuperado, fue liberado por las mujeres en el cafetal. Sin embargo, iba casi todos los días, daba una vuelta por las habitaciones, se posaba sobre un guayabo cantando alegremente y se iba.

Cristina tenía el sueño de estudiar medicina, porque su abuelita durante muchos años ha sufrido de ataques de epilepsia, que la hacía caer al piso, convulsionar, durando casi por mucho tiempo; los últimos días la han tenido acostada en una cama. Por la lejanía de la vereda, es muy difícil que reciba la atención médica que le permita calmar un poco el sufrimiento y mejorar la salud de la abuelita.

Un día, mientras la menor regresaba de la escuela, ya finalizando el año, sus padres se reunieron con ella, le explicaron que tenían una situación económica difícil; que los cafetales casi no habían dado cosecha, que no tenían trabajadores para hacer la recolección de café el año siguiente, y que si conseguían, no había plata con qué pagarles; por lo tanto, le dijeron que tenía que dejar de estudiar, y que el siguiente año no la podían enviar al colegio a iniciar su bachillerato, pues no tenían cómo sostener su estadía allá, y además debía ayudarles en las labores de recolección del fruto del café. Por eso, Cristina se sintió frustrada en su sueño.







**¡Hermodsa niña de corazón puro!
¿por qué estás triste?
¡Hermodsa niña de corazón puro!
¿por qué estás triste?
¡Hermodsa niña de corazón puro!
¿por qué estás triste?**



Ese día, la pequeña salió con un costal y un canasto en la cintura que contenía urea y un pequeño tarro de salchichas; cruzó el pequeño arroyo y llegó al precioso cafetal que se encontraba bajo coloridos cámbulos. Al mirar hacia un árbol de zapote, vio un ave de un amarillo intenso que contrastaba con un brillante plumaje negro; era el toche que ella había ayudado.

El pajarillo cantaba, y ella se asustó cuando entendió lo que el ave decía con su trino:

¡Hermosa niña de corazón puro! ¿Por qué estás triste?

¡Hermosa niña de corazón puro! ¿Por qué estás triste?

¡Hermosa niña de corazón puro! ¿Por qué estás triste?

La chiquilla se llenó de valor y le respondió: porque no puedo estudiar y me toca trabajar para ayudar a sostener mi familia, pues estamos muy pobres.

Entonces el ave voló y regresó con una pepa de café de un rojo intenso, y mucho más grande que las otras: la llevaba en su pico.

El avecilla le cantó a la niña:

¡Extiende tu mano!

¡Extiende tu mano!

Y colocó el fruto sobre la rosada palma; le dijo: Siembra este grano debajo del viejo e inmenso árbol de café común que hay cerca de tu casa. Siémbrale y después en un sueño te diré qué más hacer.

La niña llegó a su casa y lo primero que hizo fue coger el fruto que le dio el toche y lo sembró con mucho cariño bajo la vieja planta, regó y abonó el árbol con mucho amor. Pocos días después estaba lleno de una gran cantidad de flores blancas. Parecía una gigante sábana nívea, al tiempo estas se transformaron en frutos verdes.

Aquella noche la niña se recostó después de las arduas labores del deshierbe del cafetal y comenzó a soñar con el cafeto común repleto de frutos rojos. Tanta era la cosecha, que las ramas caían hasta la fértil tierra negra, dobladas por el peso de las pepas. En la parte más alta estaba el pajarillo que le cantaba diciéndole:

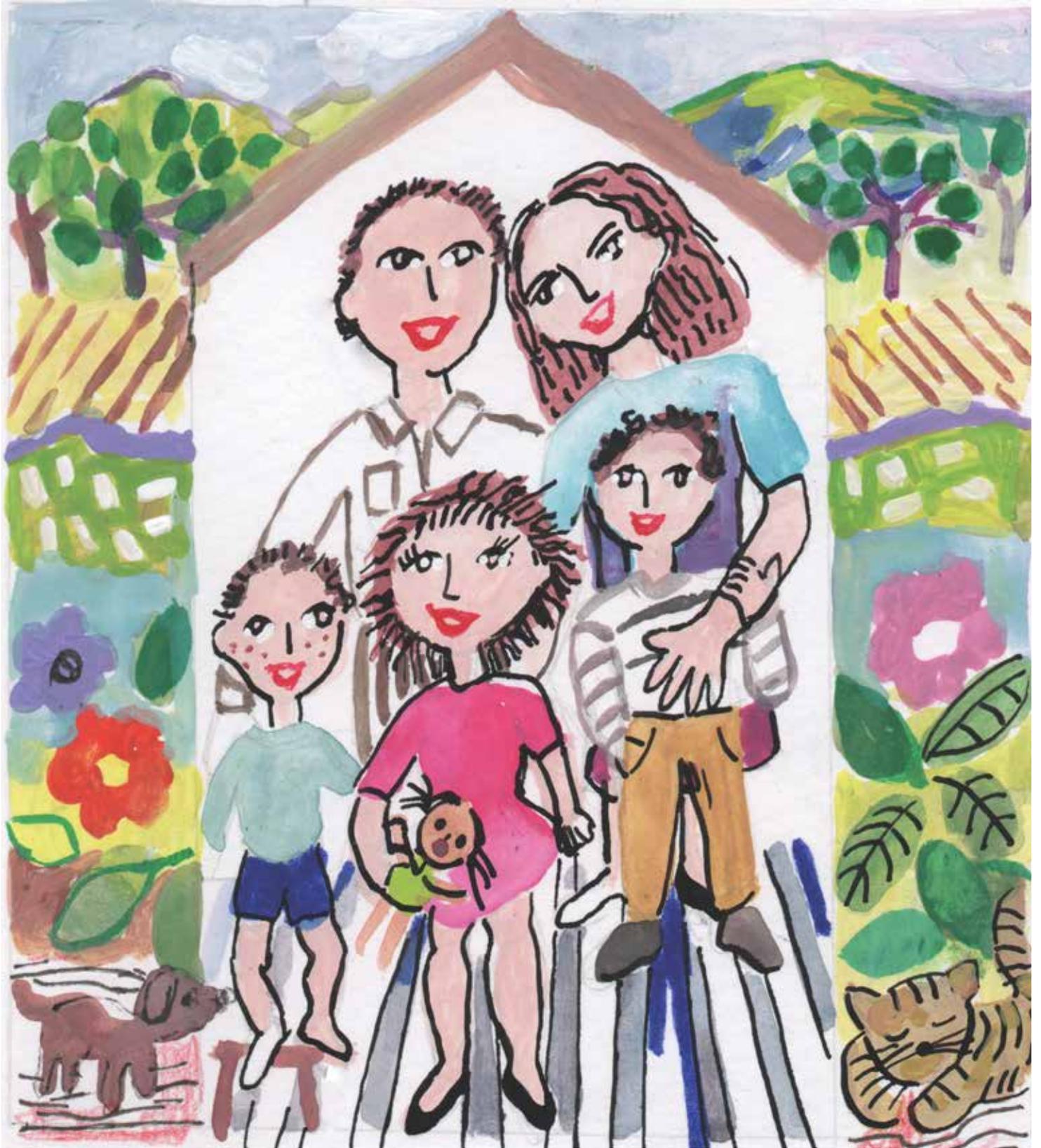


Toma los granos del cafetal y siémbrales debajo de cada árbol; en eso un ruido la despertó. El día siguiente, ella recordó las instrucciones del ave y lo que le había dicho en el sueño, esperó que los granos estuvieran bien maduros y los sembró, uno debajo de cada cafeto.

Tiempo después, las plantas comenzaron a florecer, se transformaron en frutos verdes. Al poco tiempo se fueron madurando en grandes cantidades y de muy buena calidad. Aquella cosecha fue tan grande que tuvieron que emplear a todos los vecinos de la región para recogerla.

Los padres salieron de la pobreza, pudieron mandar así la niña al colegio a iniciar su bachillerato. Los árboles de café siguieron produciendo en gran abundancia. La mayoría de las veces, cuatro cosechas anuales. Con el fruto del trabajo de sus papás y las cosechas de los cafetales, Cristina pudo ir a la universidad y graduarse como médica.

Cristina no pudo ayudar a su abuelita a sanar su enfermedad, ya que para la época en que se graduó, había pasado mucho tiempo; lo que sí logró fue su sueño de ser médica.





El futuro de nuestro país

Cuento ganador categoría infantil del departamento del Huila
Autora: Jade Sofía Achipiz Betancourt - 8 años

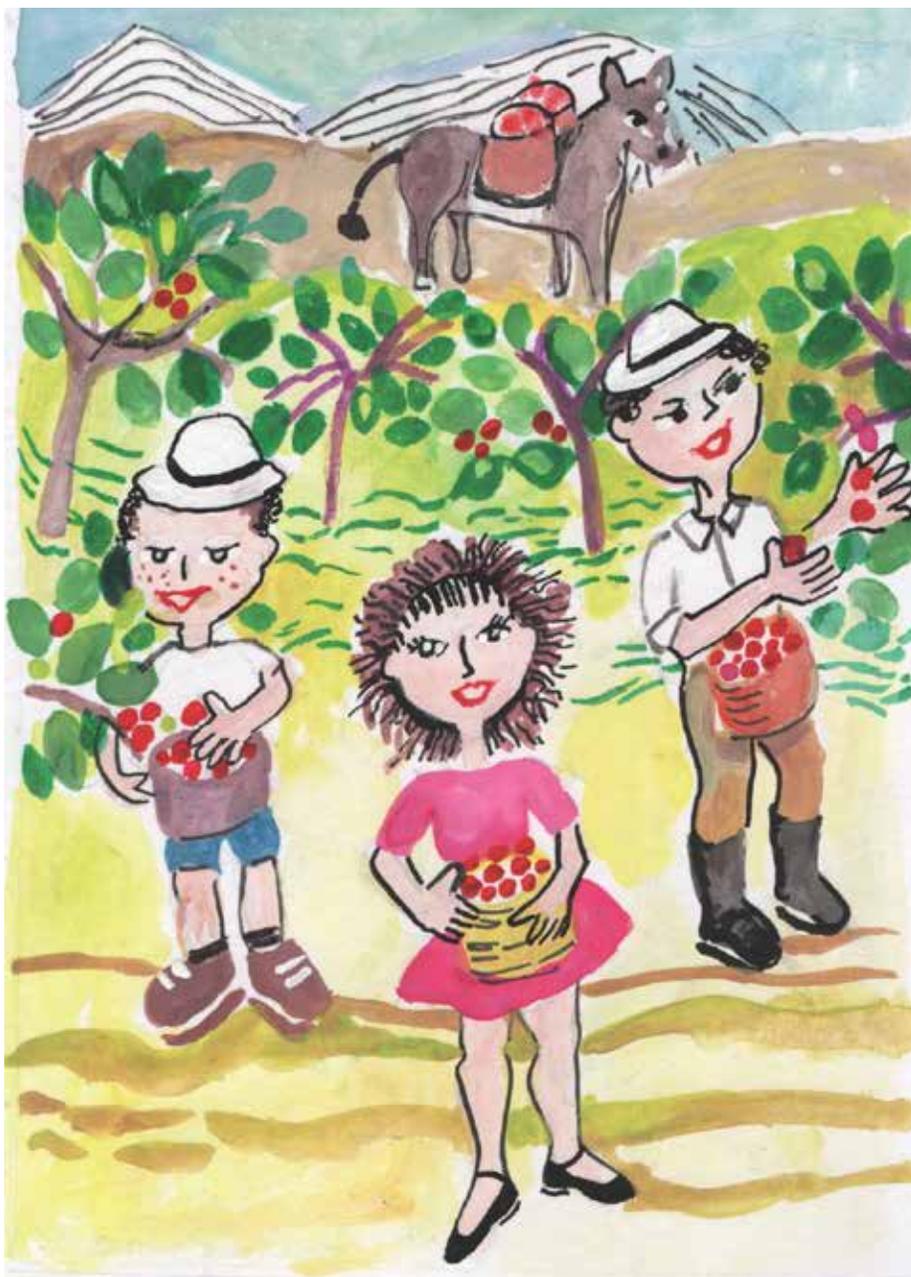
En la vereda El Socorro vivía una familia conformada por cinco personas: tres niños y sus padres. Juan tenía 4, Pablo, 6, y Sofía, 10 años. Un día el padre dijo a sus hijos: Ya está por terminar el año escolar, por tal razón nos iremos a trabajar, a coger café.

Los niños se negaban a ir, pues ellos lo que querían era estudiar y conocer nuevas cosas; pero el padre los ignoró. Cuando llegó el nuevo año, el padre sin falta los retiró de estudiar y los levantaba muy temprano para llevarlos a trabajar. Al mediodía, los niños ya estaban muy cansados, y le dijeron a su padre pero él nuevamente los ignoró.

Cuando llegaron a la casa, la mamá le dijo al esposo que ya no los pusiera a trabajar más, respondiéndole que los niños tenían que aprender a trabajar y defenderse solos.

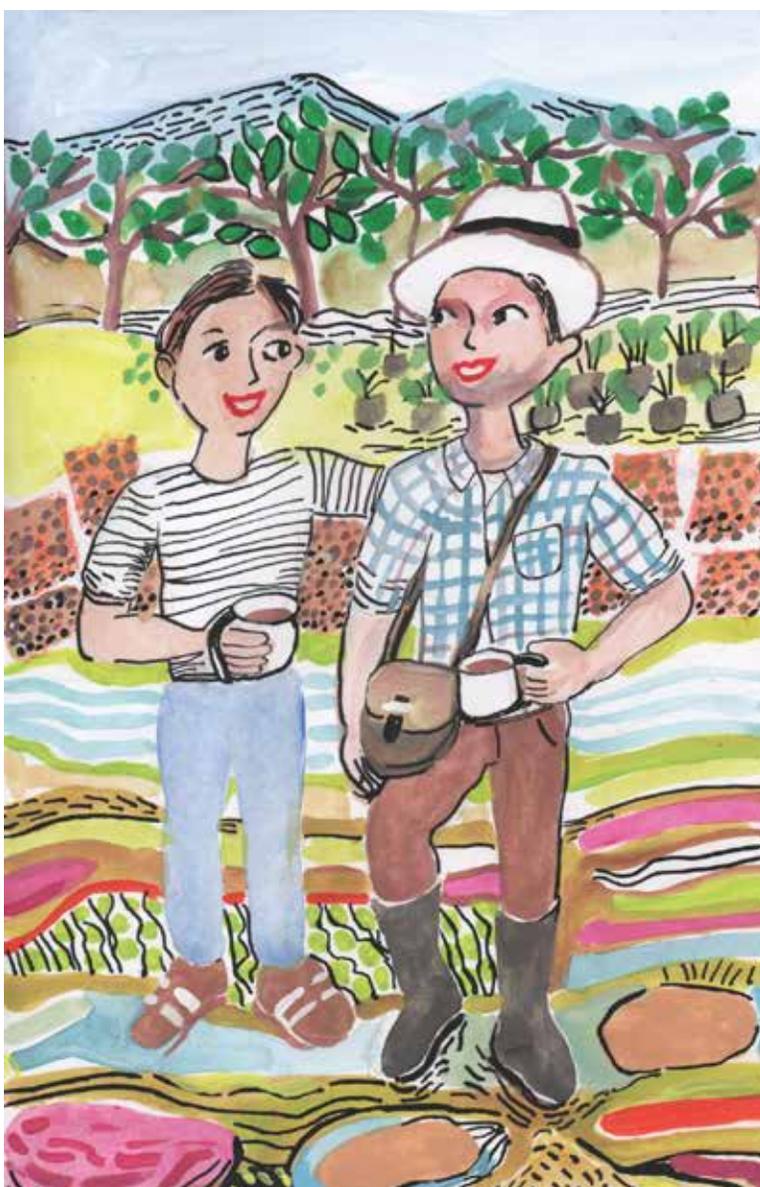






Pasado un tiempo, llegó un técnico del comité de cafeteros, con el fin de hablar acerca de las buenas prácticas en el manejo del cultivo de café. Empezó su recorrido observando los cultivos, cuando de repente se dio cuenta de la presencia de tres niños trabajando, a quienes se acercó y les preguntó: ¿Ustedes estudian? Los niños con tristeza le respondieron: ¡No!, nuestro padre no lo permite.

El joven se dirigió a hablar con el padre de los niños, el cual le comentó que los tenía trabajando porque el estudio no era para ellos. El joven le habló sobre el derecho que tienen todos los niños a una buena educación, ya que son el futuro de nuestro país; después de un rato de diálogo, el padre entendió que la educación nos ayuda a adquirir conocimientos para toda la vida, y que sus hijos son la nueva generación que debe ser cultivada con tolerancia, respeto y demás valores, pero lo más importante es el amor.







Una historia

Cuento ganador categoría juvenil del departamento del Tolima
Autor: Juan Manuel Sogamoso González - 18 años

Al abrir mis ojos supe que sería otro día muy difícil. Y mi primer pensamiento fue mi madre y lo mucho que la extrañaba, pero era inevitable pensar en mi padre, en todas sus preocupaciones, y en otro día sin poder comer bien. La muerte de mi mamá fue demasiado dura para ambos; su mayor preocupación era poder sacarme adelante, que no me faltara la comida. Estábamos en una situación muy difícil, pero sabía que él no se iba a rendir tan fácil. Eran tantos los pensamientos que venían a mi mente cuando abría mis ojos, no puedo imaginar lo que pensaba mi padre, pero igual era un hombre muy fuerte.

En el pueblo lo conocían como Juan, aunque su verdadero nombre era Marco Efraín Laiton. Nunca entendí por qué lo llamaban así; tal vez se hizo llamar al llegar; bueno, en verdad yo era muy joven para entender eso. En ese momento solo era un chico de doce años,





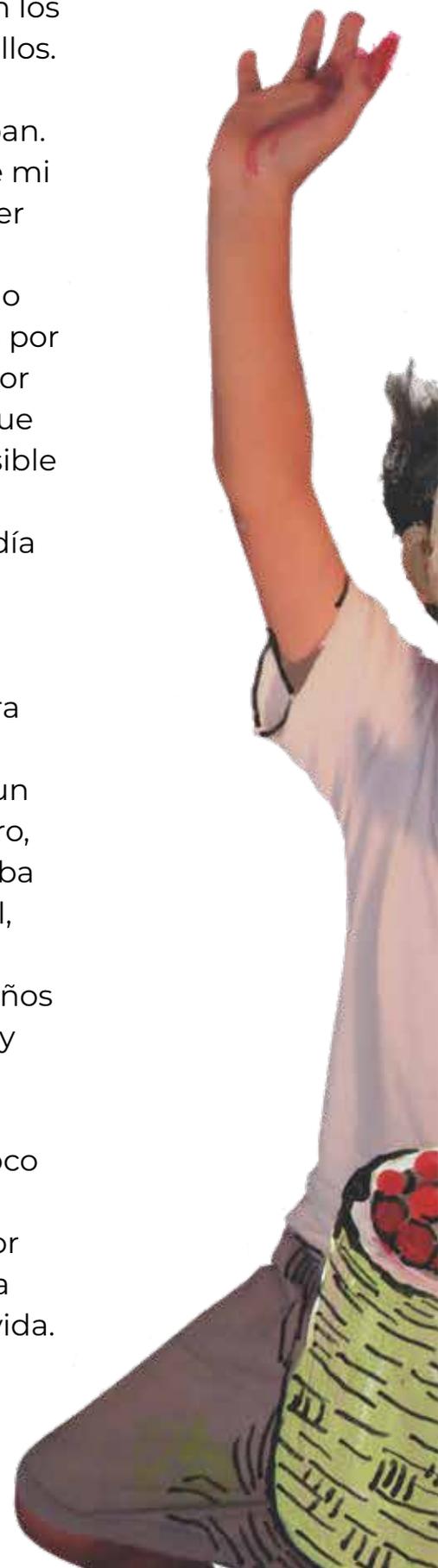


pero tanta tristeza y sufrimiento, tantos pensamientos me hicieron madurar muy joven. Entendía muy bien los problemas y también no podía dejar de pensar en ellos.

No pude ser como los chicos de mi edad, solo jugaban. Para mí, era imposible divertirme, no podía sacar de mi mente el hermoso rostro de mi madre; era una mujer muy hermosa, alta, blanca, con un hermoso cabello negro que le llegaba hasta la cintura. Ahora entiendo por qué mi padre la quería tanto, siempre era Marta por allí, Marta por allá. Era joven y podía sentir el dolor por el que estaba pasando papá, no era un hombre al que le gustara mostrar sus sentimientos, pero era imposible evitar escucharlo llorar todas las noches, escuchar cómo su cama vieja hecha de metal chillaba, no podía dormir, no sé si por los pensamientos o solo era que dormía muy mal.

Recuerdo ese día como si fuera ayer, aunque hubiera ya pasado diez años, lo recuerdo todo. Después del desayuno que mi padre preparó con mucho amor, un agua panela. Recuerdo cuando me tomó del hombro, lo miré a la cara y vi sus ojos llorosos, sabía que me iba a decir algo y solo esperé, me miró y me dijo: Miguel, ya no podemos seguir viviendo aquí, lo dijo con voz temblorosa, fue algo muy duro para mí, eran doce años viviendo aquí, toda mi vida, mis amigos de siempre y todo lo tenía aquí.

Desde que murió mi madre me había alejado un poco de todos, incluyendo mis amigos, fueron dos años duros desde que murió ella, una muerte causada por un terrible cáncer en el estómago. Pero bueno, tenía que entender a mi papá, solo me quería dar mejor vida.





Así fuera alejándonos de todo, igual ya habíamos perdido a mi madre, que era todo para nosotros. Qué más daba perder solo una casa hecha en tejas y algunos plásticos. Lo miré a los ojos y le pregunté para dónde íbamos; él, más calmado por ver mi reacción, me contó de la finca para donde íbamos, y me dijo que era una finca cafetera inmensa; no sabía mucho de café aparte del que nos hacía mamá.

Papá me dijo que partiríamos en una semana, que para poder coger la cosecha de café que se daba por estos meses de octubre y noviembre. Esa semana se pasó volando hasta que llegó el día de partir. Nos montamos en un carro y pregunté: ¿Para dónde vamos?, me miró y dijo: Vamos a salir del país; le pregunté que para dónde, me volvió a mirar: Vamos para Colombia, lo miré sorprendido, había escuchado mucho de ese país, pues muchos de mi pueblo habían partido para allá.

Fueron muchas horas viajando, no podría decir cuántas, solo sé que dormí la mayor parte del viaje en las piernas de mi padre. En mis sueños escuchaba una voz que me decía Miguel, Miguel y otra vez me decía Miguel Ángel; cuando desperté, era mi padre diciéndome llegamos, con una sonrisa en su rostro llena de esperanza, él solo quería otra oportunidad.

Cuando me bajé, vi un pueblo súper hermoso, ya estábamos en Colombia. Miré a mi padre y le pregunté -¿dónde estamos? Me dijo: Estamos



donde nace el café; bueno, él tampoco sabía mucho del café, pues siempre se había desempeñado como albañil. El conductor me miró y me dijo: Esto es Antioquia.

Llegamos a una finca enorme; por donde mirara solo se veía café, era hermoso, no se podía negar. Recordé nuestra casa hecha en tejas, no sé por qué si la finca era enorme con una casa hermosa. Nos ubicaron en unos tales cambuches, había mucha gente, estaba asustado y no me separaba de mi padre.

Cuando nos acostamos a dormir, noté que mucha gente comenzaba a fumar, en ese momento pensaba que eran solo cigarrillos, pero el fuerte olor me hacía marear. Después, algunos empezaron a reír a carcajadas, mientras otros gritaban ¡dejen dormir! Solo escuché groserías y risas, hasta que por fin logré dormirme. No sé si mi padre lo pudo hacer, pero cuando me desperté volví a escuchar mucho ruido, personas hablando, otras golpeando sus botas de caucho contra el piso, otros bañándose. Mi padre me levantó para ir a hablar con el dueño, estaba muy temprano, aún estaba oscuro y lloviendo. Ahí recordé que mi padre me dijo en Venezuela que el clima iba a ser muy frío y lluvioso.

Al llegar donde el patrón, mi papá tuvo una larga conversación con don Rodrigo, así se hacía llamar. Era un señor muy alto y de un gran carácter. Mi padre quería que yo retomara mi estudio, el cual había dejado cuando murió mi mamá. Recuerdo muy bien la cara de rabia y decepción de mi padre cuando el patrón le dijo que no había la posibilidad de seguir estudiando, que solo iba a ser un problema, que mejor le ayudara a mi padre en la recolecta de café. Cuando llegamos a los inmensos sembradíos, ya había mucha gente en ellos. No entiendo cómo podían ver, aún era muy oscuro, no sabía qué horas eran en ese momento, pero todo estaba oscuro. Cuando me coloqué el coco en donde se recoge el café, me sentí muy extraño e incómodo. Mi padre me explicó cómo cogerlo, me dijo: solo las pepas rojas, cogí todo, el palo estaba así.

Siempre voy a recordar la sensación de cuando cogí el primer palo, estaba entumecido y demasiado mojado. En un instante me dejó la ropa mojada, estaba haciendo demasiado frío, los palos eran fríos y llenos de agua, mis mangas quedaban cubiertas de agua, y mis dedos totalmente congelados, casi no los podía mover; la sensación de cuando me movía de un palo de café a otro era horrible, sentía cómo las ramas llenas de agua tocaban mi sudadera, la dejaban empapada de agua. Tenía congelados los pies. Tenía demasiado frío. Los primeros rayos de sol hasta ahora empezaban a salir, el frío me estaba congelando, en fin, era la primera vez que trabajaba y ni sabía de dónde salía el café.

En ese momento pensé lo duro que era el trabajo que se tenía que hacer. No era nada fácil, y menos para un niño de mi edad, que nunca había trabajado. Poco a poco me fui acostumbrando a madrugar, al frío de la mañana, al humo de todas las noches cuando fumaban, al dolor de mis dedos cuando se levantaban los cueritos de los dedos cerca al nacimiento de la uña, eso sí era feo y doloroso. También recuerdo el dolor que causaban las astillas que se metían por dentro de la uña, eso dolía demasiado; no consentía tocar nada, pero igual tenía que seguir agarrando las pepas de café.

Poco a poco mi cuerpo se acostumbraba más al trabajo, me rendía más coger café, me acostumbraba al humo de los fumadores, al frío del cafetal, al dolor en mis dedos, poco a poco ya mi cuerpo se acostumbraba y mi mente se resignaba a todo. Ya tenía un par de meses, ya me acostumbraba a la rutina diaria.

Mi padre trabajando, yo lo ayudaba en lo que más podía, sin poder estudiar. Pasaron algunos meses así, yo cada vez más acostumbrado a esa vida que nos tocó coger después de la muerte de mi mamá. Un día después del trabajo le pregunté a mi padre:

¿Papi, cuándo podemos volver y seguir mis estudios? ¿Volver a ver a mis amigos?

Él no tuvo una respuesta a mi pregunta, no era fácil volver.

Un miércoles por la tarde, después de haber trabajado todo el día, un trabajador compañero de mi papá nos contó su historia. Nos dijo que él era un soldado, y con el hermano habían reunido una plata para comprarle una casa a su madre. Gastaron todos sus ahorros, y su madre vendió la casa y se fue con el marido a pasear por el país, dejándolos en la calle; el joven no pudo contener sus lágrimas y le bajaban por la mejilla, una historia triste; después de haberlos dejado en la calle, se volvió recolector de café queriendo salir adelante.

Con mi padre seguimos trabajando muy duro. Todos los días nos levantamos muy temprano, con el frío del amanecer, de las hermosas montañas colombianas, recolectando su hermoso fruto, un árbol de café, algo tan sencillo pero al fin tan duro. Con mi padre ahorrábamos todo el dinero que podíamos ganar, no me podría quejar, menos mi padre; la forma de pago no era mala, y poco a poco ahorrábamos el dinero ganado para poder seguir con nuestra vida, la cual decidimos abandonar el día que murió mi madre de un horrible cáncer en el estómago.

Después de que la cosecha de café se acabara, seguimos trabajando en otras formas distintas del café: sus limpias, cómo abonarlos, todos esos trabajos los seguimos realizando con mi padre, hasta esperar la próxima cosecha de café. Después de un año de mucho trabajo, llegó el tiempo de cosecha, ya era todo un hombre, al menos así me sentía yo, casi con catorce años, y después de un año de trabajo, ya estaba totalmente acostumbrado al café, ya había olvidado el estudio, solo estaba en mi mente seguir trabajando con mi padre. Ya estaba enamorado

de las hermosas montañas de Colombia, de su café, de su amable gente, sus trabajadores, me sentía familiarizado con ellos. Ya el estudio no me importaba ni volver a mi país.

Pero las ideas de mi padre eran totalmente diferentes; después de recolectar la cosecha, él quería salir de Colombia y volver a nuestro país, o al menos eso me dijo él, quería que yo retomara mis estudios y dejara el duro trabajo del campo, para concentrarme en mis estudios.

Yo solo me concentré en seguir trabajando y volver a coger una vez más la cosecha, pero con ella vino el invierno, las lluvias, las mañanas frías, recordando la primera vez que trabajé, el frío, las astillas en mis uñas, mis dedos entumecidos, recordé todo, no como un mal recuerdo; solo que ahora era diferente, ya estaba más preparado y acostumbrado.



Pero no dejaba de ser muy duro que un niño de mi edad tuviera que trabajar tan duro, sin el derecho de estudiar; no era culpa de mi padre, tal vez del patrón que no me permitió seguir estudiando, y no me dio otra alternativa más que trabajar; igual todo eso iba a cambiar después de haber cogido la cosecha, en la cual nos fue muy bien; ganamos el doble de la cosecha anterior. Pensábamos volver a casa, eso me prometió mi padre, para los meses de noviembre, diciembre, después de haber cogido la cosecha, y tener buen dinero, el cual nos ganamos con mucho esfuerzo y dedicación; con mi padre, llegó el día de alistar maleta.

Era una sensación muy extraña el volver a casa después de un año, mi padre estaba feliz, se le notaba su felicidad en sus ojos, su forma de sonreír, por fin volvíamos a casa. Al otro día salíamos muy temprano, era un viaje largo; después de algunas horas de viaje, al fin llegamos a Venezuela, cómo la había extrañado, era una sensación y felicidad que no cambiaba por nada.

Nos ubicamos de nuevo en nuestro pueblo, mi padre compró otra casa nueva, y mucho mejor. Volví a ver a mis amigos. Al siguiente año mi padre me inscribió en el colegio, de nuevo seguí estudiando y mi padre trabajando, dándome una mejor vida. Después de diez años, volví a Colombia, nunca la pude olvidar, amaba su café, sus montañas y quería seguir trabajando con el café, pero ya no como recolector.

Estudié mucho y me desempeñé como un gran catador de café, siendo muy feliz con mi padre otra vez en Colombia. Y esta fue mi HISTORIA DE VIDA.





Memorias del café

Cuento ganador categoría juvenil del departamento del Huila
Autora: Paula Gisell Carlosama Bravo - 16 años.

Estaba sentada como de costumbre bajo la sombra de un árbol, con su leve movimiento producido por el viento, contemplando el paisaje cafetero de la región. Los árboles de café sonrojados con el rojo de sus frutos eran clara señal del tiempo de cosecha; los toches, los azulejos cantaban sus melodías.

Mientras leía su libro, se despierta de su ensueño, pues su realidad era otra. No era una niña, era la experiencia hecha persona, no era bajo un árbol, era encima de una silla de madera, el canto de las aves fue reemplazado por el ruido de los autos, y el paisaje cafetero ya no estaba en su lugar, había toda una ciudad poblada con mucha gente.



En cuanto procesaba su realidad, ve llegar a una niña muy pequeña, que casualmente era muy parecida a su aspecto de cuando ella también lo era. Luego, recuerda que es su nieta. La memoria ha sido afectada un poco a través de los años, pero eso sí, siempre recordaba su pueblo cafetero, ubicado en la región del Huila, llamado San Agustín.

En eso la niña saluda a su abuela, con un cálido abrazo, y le dice:
-¡Abuelita! Extrañaba mucho verte ¿cómo has estado?

-Qué bien abuela. Vengo a visitarte, para que hablemos un poco, y me hagas galletitas.

-Abuelita, ¿me podrías contar tu vida anterior de cuando tenías mi edad?

-Bien mi niña, un poco cansada - le responde con delicadeza y ternura.

-La abuela sonrío y le hace un gesto de aprobación. Ambas se dirigen a la cocina. La abuela se dedica a preparar una buena taza de café; cuando está lista, se la da a su nieta, ella sabe que es su bebida preferida. Le recuerda a su abuelo, quien amaba el café o el tinto, como era conocido en su pueblo; recuerda que siempre exclamaba:

¿Hay tintico pa' la sed?

Sus recuerdos la visitaban todos los días, para ella era muy difícil olvidar sus raíces, su región, su pueblo y ese paisaje cafetero tan hermoso. Su nieta la observa y decide preguntar.

-Extrañas tu pueblo... ¿verdad? -La abuela sorprendida por la pregunta y llena de nostalgia responde: Así es. La niña se queda en silencio. Luego le dice a su abuela:





**...para ella era muy difícil olvidar sus raíces, su región, su pueblo
y ese paisaje cafetero tan hermoso**

-Abuelita, ¿me podrías contar tu vida anterior de cuando tenías mi edad?

-Está bien te contaré. Yo vivía en un pueblito llamado San Agustín, en la región del Huila, en una finca cafetera, con mi madre, tíos y abuelos. Nos dedicábamos principalmente a la siembra del café.

En eso la niña interrumpe preguntando acerca de qué era una finca cafetera y la siembra de café; nunca había oído esos términos, pensaba que el café lo hacían esas máquinas de espresso. La abuela solo se ríe en carcajadas, porque claro está que no se basa solo en eso,...para ella era muy difícil olvidar sus raíces, su región, su pueblo y ese paisaje cafetero tan hermoso así que decide explicarle.

-El café no solo sale de una máquina de café espresso o de las bolsitas que venden en la tienda, es mucho más que eso. Es la dedicación de varias personas y el amor que estas le ponen en su siembra, su plantación, su crecimiento, la recolección y el secado. Es un proceso muy largo pero que vale la pena.

La niña se llena de curiosidad y de intriga, le ha gustado tanto lo que su abuela le cuenta, que pregunta:



-¿Cuál es todo ese proceso abuela? - Muy atenta espera escuchar la respuesta. Su abuela alegre le responde:

-Primero que todo se escoge una buena semilla de una excelente especie de café, la cual, se siembra en un semillero, luego, entre unos dos a seis meses, las semillas germinan, a lo que se le conoce como chapola. Estas se pasan a bolsas pequeñas negras. Se esperan entre 6 a 8 meses para que la chapola sea una plantita de unos 10 o 20 cm de altura. Es en ese momento que está lista para ser trasplantada al terreno donde terminará su desarrollo.

-Abuela, todo eso es un proceso muy largo ¿no? -interrumpe de nuevo la niña:

-Sí, muy largo ¡y eso que apenas hemos empezado! -responde la abuela. Decide continuar.

-Después del proceso de la siembra y plantación, luego de que el cafetal parezca tener copos de nieve en sus ramas, debido a las flores que crecen en ellas con su particular color y aroma, llega el tiempo de cosecha, donde los palos de café están cargados de su fruto rojo intenso. A este se le conoce como cereza, la cual pasa por otro proceso, que es el de la recolección, despulpe, fermentación, lavado y secado, quedando a una humedad del 10 al 12%. Todo esto es muy importante y de vital cuidado, dedicación y sobre todo mucho amor.

Son estos procesos los que dirán la calidad del café. Finalmente está el almacenamiento, que debe ser en un lugar adecuado para ello, porque si no lo es alteraría lo anteriormente conseguido, pues se podría contaminar con agentes externos. Al cuidado y atención de todos estos procesos es a lo que se dedicaba mi familia.

-Abuelita, qué interesante todo eso, parece hasta un poco complicado el proceso, pero me quedó bien claro; solo otra

pregunta... ¿cómo recogían los frutos, las pepas de café?

-En la finca de mi abuelo había varios trabajadores que ayudaban en la recolección, incluyendo a mis tíos, e incluso yo también trabajaba en eso.

La niña cambia de semblante, se le ve sorprendida, como asustada. Su rostro se encoje en una expresión de extrañeza. Y dice:

-Pero abuela, si eras una niña en ese entonces, ¿trabajabas? Eso está mal abuelita, mi profe me dijo que los niños no debemos trabajar, que eso es algo malo. En tu tiempo ¿no era malo?

-La abuela piensa un poco en la mala información que le habían dado a su nieta, no le explicaron bien lo que era el trabajo infantil, y se enfada un poco, por eso decide informarle lo que realmente es.

-No mi amor, no sé si entendiste mal, o no te enseñaron bien. El no al trabajo infantil no quiere decir que los niños no trabajen. Cuando hablamos del trabajo infantil nos referimos a esas veces en que niños solo se dedican a trabajar, dejan de estudiar por estar trabajando, le tocan tareas pesadas como cargar bultos o tener horarios de trabajo intenso, lo que podría llegar a ser esclavitud. Lo cual es perjudicial para el bienestar de los niños. Eso sí es trabajo infantil.

-Y a ti te tocaba hacer eso? Porque si recolectabas café, ¿tenías que cargar todo eso o no?

-De eso se encargaban los adultos, yo solo cogía en un coco pequeño, ideal para mí, yo trabajaba voluntariamente, no era obligada, no dejaba de estudiar por dedicarme a ello. Era algo que hacía para aprender la labor del proceso del café o cuando quería comprarme algo yo misma con mi propia plata que ganaba trabajando, ayudándole a mi abuelo con las labores del café.

Eso no es trabajo infantil, eso era heredar la cultura del café.

-Ah, ya entiendo. ¿Es decir que en vez de trabajar estabas ayudando y aprendiendo acerca del café? - finalmente concluye la niña.

-Así es hija. Es así como aprendí acerca del proceso del café. Y así como yo heredé el aprendizaje de mi abuelo, ahora tú lo estás heredando de mí. ¿Te gusta todo lo que he enseñado?

-Pero claro que sí abuelita. Porque por lo que me cuentas es un legado que ha venido de generación en generación. Y me parece súper importante que yo también lo aprenda; es más, me gustó tanto lo que aprendí, que quisiera dedicarme a eso. Volver a tomar ese legado y trasladarme a una finca para sembrar mi propio café.

La abuela se llena de orgullo, le parece realmente increíble que su plática haya sido de inspiración para su nieta. En su vejez sonríe porque su nieta hará lo que ella no tuvo la oportunidad de hacer.

Y así fue, la niña creció y se dedicó de manera profesional al café. Lastimosamente, su abuela ya había partido a la eternidad, pero le dejó un gran legado y no podía permitir que se terminara. Así que la niña, quien ya es toda una mujer, por cierto, cuyo nombre es Laura, se dedicó a producir un excelente café, cuya taza era la mejor de la región, así como su tatarabuelo Gerardo, quien en su tiempo era reconocido por mantener una excelente taza en su café, lo cual le permitió participar en numerosos concursos de la taza de la excelencia, quedando siempre entre los primeros puestos.

Finalmente, Laura logró construir su propia marca, nombrándola como “Memorias del café”, haciendo honor a su abuela, quien vivía de los recuerdos de su tierra.



Logró comercializarlo no solo en su país sino también a nivel mundial, generando empleo a muchas familias, evitando el trabajo infantil claro está. Tuvo tanto éxito que fue ejemplo a seguir de muchas personas, incluyendo niños, los cuales siguieron heredando la cultura cafetera.





Herederos
de la caficultura,
libre de trabajo infantil

